

NINA DARNTON

LLAMADA A MEDIANOCHE

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Perfect Mother*

© Nina Darnton, 2014

Publicado de acuerdo con The Robbins Office, Inc. y Aitken Alexander Associates Ltd.

© por la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15245-3

Depósito Legal: B. 2.988-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación:

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Era medianoche y, acostada junto a su marido en su casa de Filadelfia, Jennifer Lewis estaba profundamente dormida. Había sido un buen día. Lily, su hija de dieciséis años, había recibido dos buenas noticias: la habían seleccionado para el equipo de fútbol y había entrado en el cuadro de honor. Eric, de ocho años, había caído rendido, muerto de sueño, después de una visita al circo. Y Emma, de veinte, lo estaba pasando en grande en España, en su año de estancia universitaria en el extranjero. La vida parecía tan perfecta que, cuando sonó el teléfono, Jennifer ni siquiera experimentó el acceso de pánico que solían producirle las llamadas inesperadas en medio de la noche. Su marido, Mark, fue el primero que se despertó.

—¿Lo coges tú, cariño? —masculló semidormido.

Jennifer estiró un brazo para alcanzar el auricular.

—¿Sí, diga?

Del otro lado de la línea le llegó la voz de Emma, conmocionada y frágil, a través de un torrente de lágrimas:

—Mamá, me dijiste que no hiciera ninguna tontería, pero he hecho algo muy malo.

Eso bastó para que Jennifer se despertara del todo, con

una intensa sensación de ansiedad. Había mucho ruido de fondo, voces entremezcladas y algunos gritos.

—No te preocupes, cielo —dijo intentando controlar la voz—. Cuéntame qué ha pasado.

—Fui a un bar. Bebí demasiado. Me sentía rara. Había pastelitos y otras cosas. Creo que a los *brownies* les habían echado hachís.

—Dime qué ocurrió, Emma.

—Murió una persona, mamá.

—¿Alguien a quien conocías?

Jennifer estaba horrorizada.

—Creen que fui yo. Creen que yo lo maté. Díselo a papá. Necesito un abogado. Tenéis que venir.

—¿Por qué creen que fuiste tú? ¿Dónde estás?

—Estoy en la comisaría. No puedo hablar más, mamá. Venid, por favor.

Se oyeron unos gritos y después la comunicación se interrumpió.

Al principio, Jennifer quedó tan aturdida que ni siquiera colgó el teléfono.

Mark había encendido la luz y estaba sentado a su lado.

—Jennifer —le dijo con preocupación—, cariño, ¿qué ha pasado?

Ella depositó lentamente el auricular sobre la horquilla y se volvió hacia su marido.

—No lo entiendo —repuso con voz confusa y temblorosa.

—Cuéntame qué te ha dicho.

Jennifer repitió la conversación y, mientras hablaba, su confusión se fue transformando en pánico. Buscó la mano de su marido y la apretó con fuerza.

—Tenemos que viajar enseguida. Voy a mirar los horarios de los vuelos. ¿Puedes encontrar un abogado? Pero no un abogado mercantil como tú, sino un buen penalista, el mejor de España. ¿Podrás?

Se levantó de la cama sin darle tiempo a responder a su marido y se dirigió al baño, donde se puso a revolver los abarrotados estantes del botiquín, cambiando frenéticamente de sitio cajas de aspirina e ibuprofeno y barriendo a los lados jaboncillos y cosméticos hasta encontrar lo que buscaba: un frasco de Valium que le habían recetado ya hacía más de un año por un espasmo lumbar. Esperaba que un comprimido fuera suficiente para calmarse. Mark fue tras ella y la rodeó con los brazos.

—Tranquila, mi vida, no te angusties. Verás como todo sale bien. Nos ocuparemos de todo. Por favor, Jen, si quieres ayudar a Emma, tienes que estar tranquila.

Jennifer se volvió hacia él y sepultó la cara contra su pecho, esforzándose por contener las lágrimas.

—Vimos *El expreso de medianoche* un día antes de que se fuera, ¿recuerdas? Ella la vio sólo por complacerme, pero yo quería advertirla de los peligros de consumir drogas en el extranjero. Me dijo que fue a una fiesta y que comió unos *brownies* que probablemente contenían hachís. No fue culpa suya. ¡La acusan de asesinato, por el amor de Dios! ¡Es una locura!

Abrazó a su marido, mientras él le acariciaba el pelo.

—Ya sé que es una locura y, por eso mismo, no puede durar mucho —la tranquilizó él—. Además, está en España, no en la Turquía de hace treinta y cinco años. Aquello es Europa y no el tercer mundo. Encontraré un abogado y averiguaré qué tenemos que hacer. Y, sea lo que sea, Jen, lo

haremos. Pero ahora Emma necesita tenerte a su lado. Probablemente haya algún vuelo esta misma noche. Tendrás que viajar a Madrid y coger otro avión para Sevilla. Yo me reuniré contigo en cuanto pueda.

—No, Mark. Nos necesita a los dos. Tienes que venir conmigo.

—No puedo, cariño. Tenemos que ocuparnos de Lily y Eric —replicó él.

—Llamaré a mis padres.

—Tendrán que venir hasta aquí y eso lleva tiempo. Además, estoy en medio de un caso. Debo solucionar algunas cosas en la oficina antes de poder viajar.

Mark notó que su esposa endurecía el gesto y supo que estaba a punto de contradecirlo.

—Vamos a necesitar mucho dinero, Jen —se apresuró a añadir él—. Tendremos que tomar decisiones difíciles. Tú irás primero. Pagarás la fianza y la sacarás de la cárcel en cuanto llegues. Podrás empezar a hablar con el abogado y averiguar qué debemos hacer a continuación. Yo viajaré hacia el fin de semana.

Ella asintió, aceptando su lógica. Sabía que tenía mucho que hacer antes de embarcar, pero se sentía incapaz de empezar. Todavía no.

—Parecía tan asustada, Mark... —dijo con un hilo de voz.

—Es normal —replicó él—. Debe de estar aterrorizada. Por eso tenemos que darnos prisa para sacarla de ahí.

—Ni siquiera habla muy bien el español. La verán como una estadounidense malcriada. ¡Sabe Dios lo que le harán! —Jennifer se metió un Valium en la boca y lo tragó con un sorbo de agua—. No entiendo cómo ha podido producirse

semejante error. Tiene que haber algo que podamos hacer incluso desde aquí. ¿No podemos llamar al Departamento de Estado? ¿No tienes amigos en Washington?

—Yo me ocuparé de todo, cariño. No te preocupes. Tú prepara las maletas y piensa solamente en el viaje.

—¿Qué vamos a decirles a los demás? —preguntó ella.

—La verdad, ¿no? La situación es demencial, pero iremos y lo arreglaremos todo.

—¿Estás de broma? No podemos contarle a todo el mundo que nuestra hija está acusada de asesinato. No podemos decírselo a los niños, ni tampoco a mis padres.

Mark suspiró.

—De acuerdo, tienes razón. Tendremos que inventar alguna excusa.

Jennifer intentó ordenar las ideas. Al cabo de unas horas, tendría que despertar a sus hijos y contarles alguna ficción que justificara su viaje a España esa misma noche. Después tendría que llamar a sus padres y convencerlos con la misma historia para que acudieran y se quedaran al cuidado de los niños. También era preciso consultar los horarios de los vuelos, comprar un billete, averiguar cómo llegar a Sevilla desde Madrid y cancelar todos sus planes para las semanas siguientes. Y, además, había que hacer las maletas. Sacó su bolsa de viaje del vestidor, la abrió y metió algo de ropa interior, unos calcetines, unas medias y el neceser de maquillaje. Después, se puso a mirar la ropa colgada de las perchas y se echó a llorar. ¿Cuál era la vestimenta más adecuada para una madre cuya hija había sido acusada de asesinato? ¿Qué ropa era la más correcta para sacarla de la cárcel bajo fianza?

Se secó los ojos con el dorso de la mano. Arrojó sobre la

cama pantalones, camisas y unos cuantos vestidos y se quedó un momento contemplándolos. Con su experiencia de actriz retirada que además había trabajado brevemente de modelo durante sus años de estudiante, Jennifer conocía muy bien la importancia de elegir la indumentaria conveniente para cada ocasión. Sabía que tendría que visitar la prisión y que incluso era posible que tuviera que acompañar a su hija a los tribunales, si no conseguían que la causa fuera sobreseída. También era consciente de su atractivo físico, una cualidad que le había sido de gran utilidad durante toda su vida. Se sentía orgullosa de sus espectaculares ojos azules y de su lustrosa melena castaña, y frecuentaba el gimnasio tres mañanas por semana, para que su cuerpo esbelto y elegante conservara la firmeza de la juventud, pese a haber cumplido cuarenta y seis años un mes antes. Supuso que la manera de vestir en España sería más formal que en Estados Unidos. Necesitaba ropa que la hiciera parecer conservadora y respetable, y también Emma la necesitaría, pensó, aunque de eso podía ocuparse a su llegada. En el último momento, guardó en la maleta su vestido favorito: un sencillo modelo negro, recto y sin mangas, que acentuaba su figura estilizada y sus largas piernas. Mientras pensaba en la ropa, el Valium había empezado a hacerle efecto, por lo que comenzó a sentirse un poco más tranquila. Decidió contarle a todo el mundo que Emma había resultado herida en un accidente de tráfico y que ella pensaba viajar a España para asegurarse de que recibiera el tratamiento adecuado. Por fortuna, Eric y Lily adoraban a sus abuelos, y les entusiasmaría la idea de que vinieran a casa a quedarse con ellos.

Los pensamientos de Jennifer derivaron otra vez hacia

la tragedia de Emma. «¡Dios mío! ¡No permitas que esto la marque!» Había pasado todos los años desde el nacimiento de sus hijos tratando de protegerlos de los peligros físicos, intentando fomentarles una imagen positiva de sí mismos y haciendo todo lo posible por impulsar su desarrollo intelectual y creativo. Había colgado en sus habitaciones móviles de los planetas que giraban alrededor del sol, había cubierto las paredes y el techo de pegatinas de estrellas que brillaban en la oscuridad, y había acompañado a sus hijos a la cama para contarles cuentos o leerles historias hasta que se quedaban dormidos. Los había llevado en coche a todas sus clases, a casa de sus amigos y a las secciones infantiles de los museos. A medida que habían ido creciendo, los había ayudado con los deberes y los trabajos de fin de curso, y junto a Mark, que los acompañaba siempre que podía, había ido a ver sus partidos de fútbol, sus conciertos y sus funciones teatrales.

Las chicas la consideraban su confidente. Se lo contaban todo y, aunque ella no pensaba que fueran perfectas, les tenía una confianza enorme. Eran muy trabajadoras, sacaban las mejores notas, participaban activamente en las organizaciones escolares y recibían elogios de todos los profesores. Jennifer sabía de gente cuyos hijos consumían drogas o se juntaban con malas compañías; también había oído hablar de chicos rebeldes que trataban a sus padres con auténtico desprecio, y muchas veces lo había comentado con sus hijas. Aunque nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Mark, estaba convencida de que el secreto de su éxito residía en su condición de madre dedicada por completo a sus hijos y a su casa, disponible y alerta a los potenciales peligros, y con las líneas de comunicación

siempre abiertas. Estaba orgullosa de sus hijos y de ella misma.

Jennifer sentía los párpados pesados y, aunque estaba segura de no poder dormir, se dijo que quizá pudiera acostarse y cerrar los ojos unos minutos.

La arrancó del sueño el ruido del despertador a las seis y media, la hora de levantar a sus hijos. Descubrió enseguida que Lily ya se había despertado y estaba en la ducha, y que Eric seguía tumbado encima del edredón, enfundado en su pijama de Spiderman. Se inclinó para despertarlo con un beso. El niño le tendió los brazos y ella se acurrucó contra él para inhalar el dulce aroma del champú que había usado la noche anterior.

Preparó tortitas con mermelada y, mientras desayunaban, les contó con mucha calma a sus hijos que Emma se había fracturado una pierna en un accidente de tráfico y que era preciso que ella viajara a España para cuidarla. Su historia tuvo éxito. Ni los niños ni sus padres —cuando logró hablar con ellos— sospecharon nada horrible. Jennifer pensó que por fin le había servido de algo su costosa formación teatral y toda la experiencia acumulada en los escenarios.

Se preparó un café y se dirigió al estudio de Mark para ver si había hecho algún progreso. La diferencia horaria —seis horas más tarde en Europa— había jugado a su favor: su marido ya tenía lista la reserva del vuelo y había localizado al mejor abogado criminalista de España, que había accedido a viajar a Sevilla desde su domicilio en Madrid para reunirse con Jennifer a su llegada a la ciudad, por la tarde del día siguiente. Era demasiado pronto para llamar a sus contactos en el Departamento de Estado, pero le aseguró que lo haría en cuanto comenzara el horario de oficina.

Jennifer se metió en la ducha y, por alguna razón, se puso a recordar el embarazo de Emma. Era su primer bebé y le habían preocupado los problemas que en aquella época la gente mencionaba con más frecuencia: la depresión posparto y las dificultades para establecer el vínculo afectivo con el recién nacido. Había tenido que tomar decisiones: elegir entre una guardería o una niñera, y entre dedicarse totalmente a la maternidad o seguir adelante con su prometedor carrera de actriz. También le había atemorizado el dolor, aunque había insistido en que el parto fuera natural, sin anestesia epidural ni ningún otro tipo de medicación. Y sí que había sido doloroso. Recordaba haber apretado la mano de Mark y empujado con todas sus fuerzas, hasta que por fin había tenido que suplicar que le dieran algo para calmar el dolor. Pero entonces el médico le había dicho que ya era tarde y, justo en ese instante, como en una explosión, Emma había irrumpido en el mundo. Todas sus preocupaciones y aprensiones desaparecieron en cuanto la enfermera le depositó el bebé en los brazos. Jennifer no podía dejar de mirar a su hija. Se puso a contarle los dedos de los pies y de las manos, maravillada ante el milagro de perfección que había creado. Sintió en su pecho una marea de amor feroz, una intensa necesidad de protección, una inundación de hormonas, un poderoso vínculo de sangre y dolor, y supo que nunca se separaría de esa niña. Aunque todos esos sentimientos tardaron un tiempo en expresarse, aquel instante había marcado el fin de su antigua vida y el comienzo de otra nueva.

Recordaba que había tenido que esforzarse para no excluir a Mark. De repente, su única preocupación era la pequeña. Quería que todo fuera perfecto y ansiaba controlar

todos los aspectos de su vida. Le costaba dejar que su marido se ocupara de algo. Tenía que ser ella quien la vistiera, la calmara y la acunara, pero también sabía que relegar a Mark a un papel secundario sería malo para él, para su relación de pareja y para la relación entre padre e hija, y además impediría que él le brindara todo el apoyo y la ayuda que ella necesitaba. Procuró incluirlo, compartir con él parte del cuidado de la niña y de las decisiones. Pero, al final, Mark volvió a su trabajo y ella se quedó en casa y se convirtió en el centro de la vida familiar. Lo mismo había sucedido con los otros hijos, o incluso más, porque para entonces sólo habían tenido que repetir un patrón ya existente. Mark siempre estaba ocupado, intentando que lo aceptaran como socio en el bufete de abogados; viajaba a menudo y muchas veces tenía que quedarse a trabajar fuera del horario. Alguien tenía que asumir el papel central en la familia, y Jennifer suponía que él le agradecía su disposición a aceptar esa responsabilidad. Mark jugaba con los niños, daba su opinión cuando se la pedía, los acompañaba en las excursiones que ella organizaba y asistía a las fiestas de cumpleaños que ella les preparaba. Los niños lo adoraban, y Jennifer se sentía muy satisfecha de que así fuera. Para ellos, su presencia era tan reconfortante y segura como el resplandor de la luna. Pero en el pequeño universo de la familia, Jennifer era el sol.

Se vistió rápidamente y, cuando ya tenía listas las maletas, sonó el teléfono. Al ver el prefijo de España en el identificador de llamadas, se apresuró a contestar.

—Hola —dijo una voz lejana con un acento que le pareció estadounidense—, ¿podría hablar con el señor o la señora Lewis?

—Yo soy la señora Lewis.

Le costaba articular las palabras y le faltaba el aliento.

—Soy Julia Zimmerman, amiga de Emma en el programa de Princeton en España.

Enseguida se interrumpió, como si no se atreviera a continuar.

—¿Sí? —la animó Jennifer.

—No sé si Emma habrá hablado con usted, pero se encuentra en una situación difícil y quería asegurarme de que ustedes lo supieran.

Jennifer hizo una profunda inspiración.

—Sí, estamos enterados. Nos ha llamado de madrugada desde la comisaría.

—Ah, ya veo —dijo Julia Zimmerman—. Es que, verá... Es muy importante que vengan ustedes cuanto antes y le consigan un buen abogado. La policía está interrogando a todo el mundo y la gente está diciendo cosas terribles. Pero yo estoy convencida de que ella no ha sido. ¡Ojalá Paco no hubiera desaparecido!

—¿Paco?

—Su novio. Estaba con él anoche, antes de que pasara todo. Estoy segura de que él podría demostrar su inocencia, pero nadie sabe dónde está.

—¿Su novio?

Julia guardó silencio un momento, confusa.

—Lo siento. Pensaba que usted lo sabía. Vivían juntos, bueno, al menos una parte del tiempo.

Jennifer se mordió el labio.

—Tengo que dejarla, señora Lewis, lo siento. La policía me ha dicho que no hable con nadie y podría meterme en un lío.

—Espera, Julia, por favor... ¿Qué cosas terribles están diciendo de Emma? ¿Quién las está diciendo? ¿Quién ha sido asesinado? ¿Qué relación tiene Emma con todo esto?

—Lo siento, no puedo decirle nada más por teléfono. Quizá podamos hablar cuando venga a Sevilla.

—Pero ¿cómo voy a localizarte? Por favor, dame tu... —empezó Jennifer, pero Julia la interrumpió.

—Le enviaré un *email* —contestó apresuradamente, y colgó.

En los ocho meses que Emma llevaba en España, durante los cuales se había comunicado a diario con su madre por correo electrónico, nunca le había dicho que tuviera un novio llamado Paco.

Jennifer volvió a centrarse en sus preparativos, con la mente funcionando a toda velocidad. Decidió no mencionarle a Mark la llamada. ¿Para qué preocuparlo antes de que ella supiera toda la verdad? Fue al supermercado, para dejar a Mark y a los niños bien abastecidos, sacó dinero del cajero automático, recogió su pasaporte e hizo todos sus recados. Después, llamó a un taxi para que la llevara al aeropuerto. Al día siguiente conocería un poco mejor lo sucedido.